

SEGUNDA PARTE

NAZARET



EL MONTE CARMELO

Se llega á Galilea por Caiffa. Es una pequeña población, hoy mitad cristiana y mitad musulmana, edificada en la extremidad del golfo de S. Juan de Acre, adosada á las vertientes del Carmelo. La ciudad no tiene estética, pero el paisaje es encantador. La mirada se queda soñando primores al dilatarse por la inmensa bahía de azuladas olas. Tras las arenas de la costa principia la planicie de Esdrelón. Se oculta á los ojos por una verde cortina de gigantes palmeras cuyas airosas frentes contestan al más insignificante saludo de una brisa. Después el horizonte se eleva. Al norte las acarneradas cimas del Líbano se van enorgulleciendo hasta llegar á las nevadas cumbres del gran Hermón. Al Este se divisan los montes de Nazaret, entre los que levanta el Tabor la sublimada cabeza. Al Sur el pequeño Hermón y los montes de Gelboé; luego en dirección Oeste se descubren los últimos sillares de las montañas de Samaria y la larga cordillera del Carmelo. La última cumbre de esta cadena se adelanta hacia el mar y se arroja bruscamente entre las olas.

Desde Caiffa al espléndido promontorio hay algunas horas de camino. Se va subiendo con piadosa avidez. Es uno de los parajes más célebres de Tierra Santa. La estancia del Profeta Elías, una de las figuras más salientes del Antiguo Testamento; lo ha in-

mortalizado. Del gran Elías, cuyo recuerdo es tan popular como el de Moisés entre los hebreos; Elías que daba órdenes á los elementos por permisión divina; Elías que fué uno de los símbolos del Mesías; en fin Elías de carácter fogoso, de palabra abrasadora que desapareció misteriosamente de la tierra arrebatado por el espacio, como un águila de fuego.

Sobre la Gruta que le sirvió de albergue durante muchos años, ha edificado la piedad cristiana una graciosa basílica que se vé desde muy lejos en el mar. El santuario está consagrado á María en recuerdo de la celebrada visión del Profeta.

La tierra de Israel sufría por tres años una sequía espantosa. Todo se había agotado, plantas, árboles, hierbas y animales habían perecido. El hambre dejaba sentir sus horrores en toda la Tierra prometida. Por fin las ardientes súplicas del Profeta ablandaron aquel cielo que parecía de bronce. Elías fué el instrumento de la esperanza.

Cierto día en que estaba en oración, en lo más recóndito de su cabaña, le advirtió el Espíritu del Señor que la desolación iba á terminar.

«Vete á ver la orilla del mar», dijo el Profeta á su discípulo. Era muy sencillo. Precisamente á algunos pasos de la Gruta, el peñasco se corta como el baluarte de una muralla que sostiene el empuje de las espumosas ondas. El criado se adelantó hacia el mar y miró. El mar estaba tranquilo como un lago. El cielo sereno como la mirada de un ángel. Las dos inmensidades azules se confundían en una línea imperceptible.

Y he aquí que al instante frunce el ceño el horizonte y aparece una nube pequeña como el pie de un

gigante que se aproxima. El viento se agita; el cielo se enluta, el mar se conmueve, la nube se torna en un escuadrón plumizo, se aproxima y al fin descarga la tempestad. Todo se resuelve en una lluvia copiosa que humedece las abrasadas fauces de la sierra y le comunican el jugo y la fecundidad perdida.

Esta nubecilla libertadora que viene á traer la vida á Israel, se la consideraba siempre como una imagen adecuadísima de la Augusta Virgen María. María apareció en el mundo en la hora en que la humanidad moría de hambre y sed. En los corazones, todo era sequedad, en las almas todo muerte.

Entonces se presentó Ella. ¿De donde venía? Del cielo ó de la tierra? Ella era al fin y al cabo la Salvación y la Redención. Ella llevaba en su seno el manantial y el principio de los celestes rocíos que debían restituir á las almas la vida sobrenatural.

En recuerdo de esta visión profética de Elías, el monte Carmelo es uno de los más ilustres focos del movimiento y de las peregrinaciones de la piedad cristiana.



NAZARET

Saliendo de Caiffa, el camino de Galilea va siguiendo linderos del Carmelo en muchas leguas de distancia; después se separa atravesando el Cisón y dirigiéndose á Nazaret, con orientación Nordeste.

El Cisón toma sus raudales del escabel de los montes de Gelboé y atraviesa en toda su extensión la vasta llanura de Esdrelón. Sus orillas han temblado al fragor de las batallas; sus ondas han arrastrado no pocos cadáveres, desde la caída de Sisara, vencido por Débora, la más célebre profetisa de Israel, hasta el sangriento combate del Tabor en que las tropas de Bonaparte anonadaron el orgullo otomano.

Después de cruzar el Cisón, el camino se va levantando hasta las lomas de Nazaret. Y luego, á medida que se va uno alejando, la cadena de montañas del Carmelo va tomando poco á poco el aspecto de una elevada muralla de fantásticas almenas. Sus costados, dirigidos al norte, huyen de los destellos del sol y conservan siempre un tinte sombrío que adula en su apacible quietud la mirada. El paisaje que se va atravesando tiene poco de pintresco. Abundantes pastos, extensiones inmensas de cereales, algunas colinas ocultas por el follaje, algunas aldeas emboscadas en el verdor, planicies incultas, abandonadas al dominio de la zarza y del reptil; verdes robles, higues-

ras, olivos; setos vivos de cactus espinosos; algunas rocas y peñascos de orgullosa frente, todo eso es lo que forma la monótona, y, algún tanto melancólica, ornamentación de las llanuras de Galilea.

Verdad es que en primavera, ese conjunto vulgar es una alfombra de flores de imponderable vistosidad. Lirios celestes y amarillos; polieromas espadañas, blancos manojos de asfódelos, anémones de carmín, centauros y amapolas se levantan en medio de un océano de verdor, dirigiendo al cielo sus encendidas corolas. Merced al beneficio de un sol ardiente, todos esos cálices entreabiertos se truecan en pebeteros de perfumes. El aire se satura de su esencia y la brisa de la tarde envía el aroma en todas las direcciones.

Subamos en seguida á la cumbre de las calcáreas montañas. A cada paso el horizonte se dilata y hay que detenerse en la cima para disfrutar de la magnificencia del espectáculo. Se presenta á la vista como un inmenso circo, en medio del cual, aparece entre árboles y flores la graciosa y menuda población de Nazaret. El corazón se estrecha al llegar á este rincón de tierra privilegiada. Sería de desear el caer de rodillas como Moisés en Horeb y descalzarse para pisar tan sagrado suelo.

Por el Norte las montañas se yerguen hasta quinientos y seiscientos metros, y se desenvuelven en semicírculo alrededor de aquel vergel ameno en cuyo centro descansa Nazaret. Más arriba y muy lejos, se ven las lomas del Líbano y las nevadas crestas del gran Hermón. A la derecha, hacia el Este, hay un punto, un foco de sublimidad que atrae nuestra mirada, es la redondeada cima del Tabor. Sobresale

entre los montes que le rodean con verdadera majestad. Su cúspide regular, como gigantesca cúpula se destaca con un tono verde oscuro sobre el azulado fondo del espacio. Aparece como predestinado para grandes cosas. Y realmente él y el Sinaí cuentan con la gloria de haber servido de pedestal á todo un Dios. Cuando el sol poniente le dora con sus rayos, mientras la sombra va enlutando todos los demás que le rodean, el alma recuerda un momento lo que ha sido y cree ver en aquella mole de oro la apoteosis bíblica de un monte. En torno de él hay hondas depresiones. Por un lado el Jordán; por el otro el llano de Esdreión; hacia el mediodía se divisan los montes del pequeño Hermón y de Gelboé. Allí cayeron miserablemente en una sangrienta batalla Saúl y Jonatás. David lloró la muerte de su regio amigo en un himno elegíaco que llevará siempre el nombre de Gelboé.

Al pié de estas montañas se ocultan algunos célebres lugares: Nain en donde Jesús resucitó al hijo de la viuda; Endor en donde Saúl, condenado, vino á consultar á la pitonisa; Sunam en donde en tiempo de David se encontró la doncella más hermosa de Israel. En fin, con dirección Oeste, los montes de Samaria presentan su tétrica mirada y después la larga cadena del Carmelo, que lleva nuestros ojos hasta perderse en la azulada inmensidad del Mediterráneo.

* * *

Se nota perfectamente la distancia de Jerusalén. Galilea no se parece en nada á Judea. Aquella tiene campos feracísimos; esta es árida y solitaria. En Judea para poder vivir, se necesitaban todos los recursos de un ingenio. El tráfico y la usura tendían por

doquier la red de sus argucias. En Galilea el pueblo vivía holgadamente con el trabajo de sus manos. Por eso los intelectuales de Jerusalén despreciaban á esa raza de campesinos y decían en tono desdeñoso: «¿Qué puede venir de bueno de Galilea y sobre todo de Nazaret?»

Nazaret no se encontraba en la senda de las caravanas. Era necesario desviarse y salvar una corona de montañas para dar con él. Nazaret no tenía escuela ninguna célebre, ni profetas, ni maestros, ni hombre alguno de talla intelectual sonaba en los fastos de aquel pueblo. Tampoco en su historia habia hecho ninguno que llamase la atención del mundo. La Biblia para nada le nombra en los anales de Israel. Era un lugarejo extraviado, desconocido, un liquen oculto entre peñascos, que vivía de su pequeñez, sin más gloria que el azul del cielo.

¿Cómo es que fué elegido este pueblo preferentemente á grandes ciudades de Israel para albergar en su miseria al Hombre-Dios en su infancia? ¡Misterio! Acaso fué por la sencillez de sus habitantes; por el silencio que le envolvía; por lo apacible de su clima. Realmente al llegar allí se siente uno sobrecogido como en presencia de la visión de la gracia.

En lo más remoto del círculo de montañas que le rodea ha ido colocando Nazaret sus blancas viviendas, engastadas en la roca. Allí sobre un fondo verde perdurable formado por olivos, palmeras, cipreses, terebintos y nogales, sobresalen airosas las murallas, y cúpulas iluminadas de célico idealismo.

Nazaret significa «pueblo de las flores» y en verdad que este nombre le cuadra. La campiña sobre todo en primavera es una paleta en que flora ha ensayado

todos sus colores. En las faldas de sus montes borndan caprichos los brezales con sus blancas flores, los lineares rosados, los sonrojados anémones; las traidoras aliagas y la aromática retama, todas combinan sus florecillas de oro con los efluvios de sus esencias. En el valle hay una gama policromada de rosas, espadañas, lirios, jacintos, asfódelos y amapolas que semejan menudas lucecitas de color subido en aquel espacio interminable de gramineas. De las entrañas de los peñascos salta un raudal de vida que lleva fertilidad y frescura á todo el valle.

Al abrigo de esta espesa cortina de montañas se esconde Nazaret para evitar los glaciales vientos que envía á veces el nevado Hermón y el Líbano gigante. Así resulta que goza de una temperatura agradable, y el aire que allí se respira, perfumado por las esencias campestres, es uno de los más apacibles de que se puede disfrutar.



EL NIÑO JESÚS

Es muy fácil, sin embargo, que todos estos encantos del paisaje nazareno se nos hubieran pasado por alto, como ha sucedido en otros mil y mil parajes de la tierra, no menos favorecidos por la naturaleza, á no hallarse ese humilde rincón envuelto en la inextinguible luz, que le proyecta la niñez y la adolescencia de Jesús.

¿Es posible que el alma, emocionada ante ese incomparable recuerdo, no se haga más sensible que en otras partes á la divina armonía que reina entre la preciosa escena y el pintoresco marco que le encierra?

Allí se hizo Carne el Verbo, y Dios se anonadó hasta revestirse de nuestra naturaleza; allí se fué desarrollando Jesús, desde su infancia hasta la edad viril. Allí se impuso á la humana naturaleza la conciencia de su divinidad; allí, siguiendo las leyes ordinarias se le vió ir creciendo en estatura, en sabiduría, y en gracia delante de Dios y de los hombres; y su pecho infantil aspiró el aire puro destinado á robustecer sus energías, y sus inseguros piececitos ensayaron los primeros conatos de marcha por la tierra. Como todos los pequeñuelos, correría entre las flores persiguiendo mariposas y avecillas, y acaso en pos de ovejas y corderos, en figura de lo que había

de andar en pos de las almas y pecadores que venía á salvar. Allí sus labios empezaron á balbucir antes de abrirse definitivamente para ser fuente de elocuencia y raudal de enseñanza, que debía cambiar la faz del mundo.

Al contemplar este suelo, y respirar estas auras y recorrer las mismas sendas de Jesús, el alma siente una oleada de indefinibles encantos. Parece que uno se encuentra á cada paso la adorable figura del Dios Niño. Sueña el sentimiento y se le ve ir y venir del taller de José al oratorio de María; de la humilde casa á la fuente, y del valle á las colinas. Su carita de líneas perfectísimas va orlada por un nimbo de fulgor. En su augusta frente se retrata un alma divina. Su mirada profunda despide una infinita dulzura; cuando sus ojos se cruzan con otros, llegan hasta los últimos pliegues de la conciencia y el que se mira en ellos no puede olvidar jamás aquella vista.

Nadie ha hablado de su sonrisa. Quizás la reservó para su Madre en lo más íntimo de la vida de familia; ó para los ángeles en las misteriosas comunicaciones que tenían con él; ó para su Padre celestial, cuyo pensamiento llenaba toda su alma; ó para el cielo, en fin, que era el solo digno de contemplarla. La sonrisa de Dios ¿no constituye, acaso, toda la felicidad de los Elegidos? Tal vez se paseaba siempre por sus labios una sombra de tristeza, lo que era y lo que veía á su alrededor; la misión que venía á cumplir; todo era un conjunto inmenso, sobrado triste, ó satisfactorio en demasía, para que los livianos incidentes de la vida pudiesen distraerle.

¿Se mezclaría con la multitud y tomaría parte en las diversiones y juegos de su edad? No es probable,

aunque puede admitirse. En el mundo hay Seres de especial fisonomía, que, ya desde su infancia, aparecen agobiados por el peso de un destino trágico ó sublime. Organismos eminentemente sensibles, que se presentan como animados por un alma superior; que albergan ideas más altas de lo que su edad permite; que gozan de visiones que los demás no sueñan siquiera; que sienten en un segundo más vivamente que otros en muchos años y se sirven de la frágil envoltura de polvo y de las provisiones de la vida con un desdén y rapidez, que parece inexplicable y aun desesperante; fenómeno que obedece al intenso fuego interior que les consume. Su aspecto desperta á la primera un movimiento de irresistible simpatía, un tierno respeto combinado con cierta compasión. Se ve desde luego que no son como los demás. Son pomos, por decirlo así, de esencia más pura y de cristal más frágil. Están á suficiente altura para que no les llegue el polvo de las vulgaridades de la vida. Se siente algo que nos obliga á inclinarnos en su presencia, como ante seres sagrados. Y ellos seguramente serían incapaces de descender al nivel de la existencia ordinaria, sin sentirse abatidos por la decadencia. ¡Hay que dejarlos que vivan en ese ambiente interior!...

Así pasaba Jesús por entre aquellas muchedumbres nazarenas dejando en pos de sí una estela luminosa á pesar del misterio en que se envolvía su divinidad. Le seguían admirados con los ojos; al acercarse, todos bajaban la voz. Los padres le proponían siempre á sus hijos como dechado. Y todos se decían «¿Qué será?» Las mujeres envidiaban á su madre y á cada paso le decían, sin alcanzar toda la

verdad de su aserto, «Dichosa sois de tener tal Hijo»!

Jesús, todo dulzura y mansedumbre, no se desdenaba de hablar á los que se le acercaban. Unas veces tomaba pie de la magnificencia de la naturaleza y elevaba las almas á su Creador, otras de una desgracia ó de una catástrofe general, se remontaba á explicar la unión íntima del mal físico y del mal moral, haciendo ver que el hombre sería menos desdichado si fuese más virtuoso. Ora se apresuraba á entrar en las casas torturadas por el dolor y su presencia era una visión de esperanza; consolaba á los afligidos y les hacía ver la infinita recompensa que el porvenir reserva á los sufrimientos llevados con piadosa resignación; animaba á los enfermos á coronar sus males con la paciencia y todos al verle retirarse quedaban con el dolor de su ausencia y el consuelo de sus palabras.

A veces le hacían preguntas; pero sus respuestas eran tan sublimes que con frecuencia no las comprendían. Nuestras humildes ideas están tan lejos de las de Dios, nuestra comprensión tiene un campo tan reducido, nuestra vista tan corto horizonte, nuestros juicios son tan ruines que nos resulta imposible seguir en su raudo vuelo á las ideas, en cuanto salen de la esfera de nuestras pequeñeces. Avecillas atolondradas, ¿cómo hemos de seguir al águila divina en sus etéreas evoluciones? — «No le comprendían.» En el Evangelio es muy frecuente hallar esta triste afirmación. Se daba el caso de no entenderle ni aun la dignísima María y José, ni sus amigos y discípulos; y desde luego jamás le entendían sus enemigos, sus acusadores, los sabios de Israel, los fariseos, los escribas, los doctores, los jefes de la Sinagoga; ni los

que ejercían la autoridad como Caifás, Herodes, Pilatos; ni el pueblo llegó nunca á comprenderle; ¡Tan por encima de la humanidad vivía siempre, á pesar de su humildad y de su voluntario anonadamiento! Y siempre sucedió lo mismo. El Niño de Belén y de Nazaret no es menos incomprensible que el Profeta de Galilea y el Mártir del Gólgota.



LOS PRIMEROS AÑOS

Sería altamente consolador obtener datos concretos y relaciones seguras sobre la infancia y la juventud del Redentor; pero Nazaret ha sabido guardar su misterio, y no hay otra cosa que alguna palabra suelta de los Evangelistas. Por otra parte es inútil buscar monumentos que respondan á nuestras investigaciones y suplan el silencio de los Escritores sagrados.

Queda el corazón oprimido de dolor ante la ausencia de datos auténticos, de resto alguno que recuerde el paso de la Sagrada Familia por Nazaret. La casa en que vivió ha desaparecido; apenas puede cerciorarse la piedad de si el lugar que como tal venera es donde realmente estuvo edificada. El tiempo ha robado todos los objetos que usó; tan sólo subsiste la Fuente de límpidos raudales, donde María iba á diario á buscar agua para casa; está á algunos cientos de metros de la población; á la misma se dirigen hoy las mujeres de Nazaret como antes, sobre todo por la mañana, y al caer de la tarde; se les ve acudir descalzas, á penas defendido el pie con las sandalias, el corpiño ajustado al esbelto talle, cubierta la cabeza con un velo blanco, —sujeto por un cordoncito de pelo de cabra,— sobre la que sostienen con donaire la ve-

tusta ánfora. Al verlos caminar, la mirada piadosa busca instintivamente en aquellos semblantes, al parecer vulgares, algo de aquella gracia exquisita, de aquella beldad sobrehumana de la sin par María, que por allí anduvo con parecida indumentaria, recorriendo el mismo pedregoso camino por espacio de treinta años.

Acompañados de sus padres ó hermanas, se ven no pocos niños cuya mirada nos sugestionaba mucho más aún. Su faz de matiz tostado, los rasgos de perfil de camafeo, los ojos negros y hundidos, la cabellera cubriendo los hombros de guedejas, el andar gracioso y resuelto, los ademanes y actitudes rebosando nobleza, esos niños le hacen á uno soñar en el Divino Nazareno, y el corazón emocionado simpatiza con ellos invenciblemente por la semejanza que se les supone con el Jesús de su edad. La fuente, el camino, el valle, las montañas, los vastos horizontes que persisten invariables, son el único y total recuerdo de aquel rincón de tierra sagrada. Pero eso basta para que la fantasía y el corazón se constituyan á su gusto aquel cuadro en cuyo fondo se fueron dibujando los treinta primeros años de Jesús.

La frase enigmática que como misterioso broche ha puesto el Evangelio para encerrar toda la historia de la niñez de Jesús, basta para profundas medicaciones: «El niño crecía y se vigorizaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él (S. Luc. 11—40)» *Puer autem crescebat et confortabatur, plenus sapientia, et gratia Dei erat in illo.*

No se sabe más de los doce primeros años de Jesús.

Crecía. — En él se va obrando naturalmente la evolución del desarrollo como en un niño normal.

Sus ojos se abren, la lengua se desembaraza, riza sus labios la sonrisa cariñosa con que el hijo reconoce á su madre; sus bracitos se tienden hacia los brazos maternales, su cabeza se va cubriendo de sedosos cabellos.

Se vigorizaba. — Pronto sus piecitos empezaron á sostenerle y se lanzó á las primeras tentativas de la marcha; á esto siguió la agitación y vivacidad del niño que no para, como deseando ensayar sus recientes facultades. Crece en el taller de José. Allí sus tiernas manos manejarían muy pronto el cepillo y la sierra; y seguramente se daría á esas faenas con admirable aplicación. Es conmovedor el verle cómo imita al pobre y al obrero, cómo gana el pan de cada día con el sudor de su frente, á semejanza de la mayor parte de la humanidad.

En este niño maravilloso había una plenitud de sabiduría que ni estuvo ni estará nunca en los niños de su edad. Es admirable aquella precoz madurez, aquella razón improvisada, aquella inesperada mesura, inexplicable en un niño por bueno que sea. Pero cuando la sabiduría es absoluta como en el Niño Jesús, no hay más que humillarse y admirarlo como espectáculo sobrehumano. En El había mucho más aún; pues añade la Escritura «la gracia de Dios estaba en El».

¿Cómo debe entenderse esta «gracia de Dios?» Dicho se está que esto se refiere primeramente á ese dón misterioso que santifica el alma, la embellece de un modo particularísimo y la hace vivir vida divina. Esta gracia de Dios estaba en El, no como en nosotros, algún destello ó centellita por decirlo así, sino en toda su plenitud, como la hoguera infinita ó foco

de donde se irradiaba á los demás. La luz de gracia y sabiduría que envolvía su naturaleza humana y la hacía resplandecer con singular belleza, no era recibida de ningún foco extraño á El, brotaba en lo íntimo de su Sér, puesto que no era más que su divinidad, que rebosaba y transfiguraba su humanidad.

Además de este océano de luz en que bogaba su alma, ¿quiere significarse alguna cosa más en la frase evangélica «la gracia de Dios estaba en El?» ¿No significará también que en El estaban concentrados todos los encantos de una naturaleza creada?

Esa transparencia que da al cuerpo humano la gracia adorable, esa mirada de luz, esa sonrisa de cielo de un alma que contempla la naturaleza por los ojos y por los labios, que parece convertir la carne en un limpio cristal como trono más digno de su pureza, todo esto que se admira en seres privilegiados en Jesús estaba en sumo grado. Lo que sobran son testimonios; solo que en este caso ni la fantasía ni el ensueño del vate es capaz de excederse en nada de la realidad.

Verdad es que algunos Padres de la Iglesia y algunos teólogos de los pasados siglos se equivocaron en la interpretación de las expresiones del Profeta, que se refieren tan solo á la pasión del Salvador, creyendo que la faz del Señor carecía de encantos. Pero esta opinión que no puede confirmarse en modo alguno, siempre ha estado en contra del común sentir de la tradición católica. Realmente no puede tolerarse, repugna al corazón. En este asunto la razón está de acuerdo con el sentimiento para afirmar que el Niño Jesús era de radiante hermosura, de adorable perfección en sus facciones; que era según la frase del

Real Profeta «el más hermoso de los Hijos de los hombres» y que en El según, las palabras del Apóstol, el mundo podía contemplar la encarnación de la bondad y de la belleza de Dios.

Y cómo no ser así, siendo ciertísimo, según el más autorizado criterio de la filosofía, que el alma informa, que modela, por decirlo así, según su hermosura, el cuerpo á quien da vida? ¿Ha habido, por ventura, un alma más bella que el alma de Jesús? ¿Qué forma iba á comunicar á aquel cuerpo sino la forma ideal de la suprema belleza?

Además es natural atribuir al niño una semejanza marcadísima con su Madre. Ahora bien, aunque no hay ningún documento que evidencie la hermosura de María, no creemos un abuso el suponer en aquella hija de los Reyes de Judá todas las perfecciones de sangre y de raza que debía comunicarle un abuelo tan noble y delicado como aquel. No hemos de pasar por alto lo que refiere Dionisio Areopagita de su entrevista con la Virgen María en Efeso. «Si yo no hubiese estado cierto de que no era más que una simple mortal, me hubiese postrado á sus pies como delante de una divinidad» ¿Qué había de ser por lo tanto, aun humanamente hablando, el Hijo de tal Madre? Y téngase en cuenta que en este caso singularísimo la Madre es más Madre que en ningún otro, puesto que el Hijo ha recibido de Ella sola todo lo humano que tiene.

Podemos por lo tanto aplicar á Jesús en todos los sentidos de la palabra y con toda la perfección imaginable, la frase del Evangelio «la gracia de Dios estaba en El»; expresión que encierra todos los encantos de la fisonomía del Niño-Dios.

A los doce años tiene lugar el singular episodio que hemos referido en otra parte (1); solo este relámpago histórico ilumina la larga noche de la infancia y juventud del Salvador. El Evangelista después de lanzar este destello de luz, vuelve al cuadro general del desarrollo del Hombre Dios, desde los doce años hasta que rasgando la tupida gasa de su misterio, sale á la luz de la vida pública; y vuelve trazando la historia con no menos desesperante concisión. «El niño, dice, volvió á Nazaret con María y José y les estuvo sumiso. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres».

«Jesús crecía» como una vigorosa planta que rompe el suelo y eleva su tallo coronado de encantadora vegetación; como un árbol cuyas raíces se abisman y nutren á porfía un tronco audaz, erguido y flexible, que se levanta al cielo desafiando á las borrascas y al vendabal. ¡Comparaciones pálidas é insuficientes para hacernos ver el desarrollo maravilloso de este Sér, que constituía las complacencias infinitas del Padre Celestial y la interminable admiración de los hombres!

Según nuestro modo de ser, la juventud es el símbolo de la exuberancia, el mar de vida que parece está á punto de displayarse, que encrespa sus olas hasta convertir en regla lo que es exceso y triunfar de la razón las turbulentas pasiones. Pero en Jesús el progreso moral seguía metódicamente al Progreso físico, y jamás hubo un desconcierto en tan apacible armonía. Era algo así como si una mano oculta fuese alternamente derramando sobre aquella el

(1) Pág. 65.

flúido del desarrollo del alma y del cuerpo. De modo que la plenitud de la vida y de las energías se hallaba dirigida por la luz meridiana de la sabiduría que todo lo regulaba.

Sabiduría precoz que nada tenía de estoica ni de austera; pues estaba dulcificada por una gracia exquisita que también crecía en progreso paralelo. Gracia del Niño que atraía por esencia; gracia del adolescente que aumentaba, si cabe, en atractivos. En torno de su frente juvenil centelleaba una aureola indecisa, una media tinta indefinible, ese matiz único que separa la aurora de la luz plena y el verdor de la madurez. Así crecía el Hijo de María. Crecían en él tres fuerzas combinadas, tres rayos de luz confundidos en un haz, la vida, la gracia, y la sabiduría: conjunto que hacía de aquel adolescente misterioso el objeto de las infinitas ternuras de Dios y del entusiasmo de los mortales que tenían la dicha de verle y apreciarle.

Ante su revelante personalidad, ¿qué actitud adoptará Jesús en sus relaciones con los dos Seres que viven con El, María, su madre, y José, su padre adoptivo? ¿Cómo la irán modificando á medida que crece y su carácter se forma y su voluntad se define? Ningún criterio puramente humano nos hubiera explicado este misterio con la claridad y precisión absoluta de esta frase del Evangelio: «Les estaba sumiso»

Jesús no ha empleado su inteligencia y su voluntad superior durante treinta años más que para someterse á María y á José. Les obedece á las más ligeras indicaciones, interpreta los más insignificantes deseos de María y José. Se deja guiar de ellos como el niño más dócil é inexperto. ¡Oh ejem-

plo admirable é incomprensible condescendencial. Esta vida oculta de Nazaret se presta tanto más á la meditación y preocupa á los pensadores tanto más cuanto más se ha querido envolver en el silencio y en la oscuridad. Ejerce sobre nosotros cierta fascinación á la que no podemos sustraernos; algo así como la fascinación que nos produce el contemplar lo indefinido del espacio y lo indefinido y oculto del océano.

Hagamos un esfuerzo para sondear el misterio.



LA PERSONALIDAD DE JESÚS

El primer misterio que nos asalta al meditar en el adorable Niño de Nazaret, es la incomprensible unidad de esta doble vida, á la vez divina y humana. Es Dios, es el Verbo eterno, el foco de la vida universal y de la luz increada; en El están todos los tesoros, todas las perfecciones y todas las gracias de la naturaleza divina. Es Hombre. En El están todas nuestras facultades y potencias, lo mismo que las miserias de nuestra naturaleza, menos el pecado.

Y sin embargo, estas dos naturalezas divina y humana no forman dos personalidades distintas, dos seres independientes el uno del otro.

La naturaleza divina perfecta é inmutable no puede perder nada de lo que posee. Debe conservar eternamente su personalidad misteriosa. Como espejo del Padre, y foco del Espíritu, no hay nadie en el mundo que pueda modificar en nada su incomunicable perfección.

La naturaleza humana, por el contrario, imperfecta por esencia, puede recibir perfecciones indefinidamente, por la unión, por la penetración y por el rebasamiento sobre ella de una naturaleza superior. En nosotros hay un centro que resume todo nuestro sér, donde todo converge; venero de nuestras facultades y manantial de nuestros actos. Es el nudo viviente que mantiene unidos los elementos de

nuestro cuerpo y de nuestra alma: es el *Yo* humano, principio y término de nuestra personalidad. Quien posee ese *Yo*, posee todo nuestro sér.

Pues bien, por este punto misterioso é incomprensible se han soldado, si cabe la palabra, de un modo superior á nuestra inteligencia, la naturaleza humana y la divina de Jesucristo.

En nosotros todas nuestras facultades y actos van á converger al *Yo* humano sin que podamos discernir si nuestra personalidad es el principio ó el término el origen ó lo resultante de todo el ser y de toda la actividad que hay en nosotros.

En Jesucristo todo va á parar al *Yo* divino como á su término.

Ahora bien ¿la naturaleza humana según esto, está en él mutilada? Nada de eso; antes bien sucede todo lo contrario.

Esta naturaleza se ve elevada á un honor tal, á una perfección tan divinal que va á desembocar á una personalidad, no ya humana, sino divina. Su término no es un hombre sino un Dios. Es decir que no solo no pierde personalidad sino que posee una excepcional que es la personalidad divina. Así que podemos seguir perfectamente el desarrollo de esta naturaleza humana; pero nuestro pensamiento no debe pararse en el camino sino continuar hasta llegar al fin, hasta desembocar en la Divinidad, que es el punto de convergencia de esta privilegiada naturaleza.

* * *

La satisfacción de alcanzar y comprender ese gran misterio, lo que fué el Niño de Nazaret, nos ha cabido á nosotros, pero no tuvieron tanta dicha sus con-

temporáneos. Estos contemplaron su beldad, su dulzura, su delicadeza; fueron testigos de la irradiación gloriosa de su frente, de la intuición de su mirada, de la majestad de su semblante; oyeron la melodía de su voz, la elocuencia de su palabra, la sublimidad de su doctrina; pero siempre les resultó un enigma viviente. Estaban atónitos, amontonaban conjeturas, adivinaban algo sobrehumano en aquel Sér; veían que Dios estaba con El, en grado más perfecto que con ningún otro profeta. Pero no sabían lo que sabemos nosotros; que Dios estaba en El y que El era Dios. Solo S. José y la Virgen Inmaculada conocían ese misterio. Solo al Casto Esposo y acaso á su prima Isabel, madre del Precursor repetiría la Virgen las palabras del Angel: «El Espíritu te cubrirá con su virtud y el Hijo que nacerá de Ti será el Hijo del Altísimo.»

Jesús fué permitiendo poco á poco la aparición de su divinidad, fué haciendo traslúcida, por decirlo así, de un modo lento la materia que la escondía; primero á los ojos de los Apóstoles, después á los de sus discípulos, prohibiendo siempre el secreto á la indiscreta vista de las turbas.

Pedro llega, y eso después de algunos meses, á ver la luz y se llena luego de evidencia para gritar á impulso de su convicción: «Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»

Solo al fin de su vida pública llegan sus íntimos á tener conciencia plena de lo que es: «Creo, dice Marta, que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios»

En el último día de su vida mortal, es cuando empiezan sus enemigos á sospechar bien á su pesar de la divinidad de Jesús «Te juro, en nombre del Dios